

RUBÉN MEDINA, *Autor, autoridad y autorización. Escritura y poética de Octavio Paz*. El Colegio de México, México, 1999.

Los temas relevantes en el ensayo de Medina son, en orden de aparición: las estrategias textuales y culturales de Paz para convertirse en una figura de autoridad, sus incertidumbres juveniles entre poesía pura y poesía social, el enfrentamiento de su poesía con la historia, y la imposición de su figura de autor en el ejercicio constante de corrección de su poesía.

En la calidad académica del ensayo de Medina destacan la sobriedad de sus juicios y una percepción muy nítida de las contradicciones de Paz. Y destaca también una aparente paradoja: muchas veces esos juicios y esa percepción quedan atrapados y confundidos con las estrategias discursivas de Paz y el lenguaje de otros intérpretes de su obra. En este sentido, el ensayo de Medina es un testimonio de esa fuerza retórica del poeta que logró imponerse a sus intérpretes y convertirse en una autoridad literaria, cultural y política a pesar de sus contradicciones, o tal vez gracias a ellas.

Esta paradoja se explica porque Medina limitó su análisis al someterlo a una rígida perspectiva académica, y la academia exige una (falsa) imagen de totalidad y un (iluso) recurso a la bibliografía. Medina cumplió con la primera exigencia buscando analizar el mayor número posible de poemas y ensayos de Paz entre 1931 y 1960; pero el recorrido es muchas veces demasiado somero y repetitivo, y lo que gana en cantidad de comentarios lo pierde en profundidad. Hay muchas observaciones muy valiosas que no logran destacar porque literalmente se confunden con otras sólo descriptivas o porque son asimiladas por la segunda exigencia, la de apoyarse en comentaristas de Paz.

Es muy extensa y muy juiciosa la bibliografía de Medina, pero la extensión y la prudencia son a veces malas compañías que obligan a utilizarlas cuando no se necesitan. Un ejemplo: al comentar por segunda vez "Entre la piedra y la flor" (1937) para mostrar la estrategia de Paz en sus correcciones de 1976, Medina hace una referencia totalmente superflua: "La piedra, como indica Judith Bernard, alude a la tierra árida y el carácter infecundo de la región" (p. 220). Es cierto, los tratados de la academia están repletos de referencias a otros críticos para "fundamentar" verdades de Perogrullo como ésta. Y no deja de ser conmovedor que la mayoría de las veces se perciba claramente la intención de los ensayistas (o aspirantes a algún título profesional) de seguir las normas de la academia, que exigen demostrar el respeto por las "autoridades". Lo cual nos lleva a otra paradoja no aparente en este ensayo: la crítica del "autoritarismo" de Paz ha necesitado demasiadas autoridades.

Se podría pensar que la estrategia de Medina de dar la voz lo más posible a Paz y a un gran número de sus comentaristas tenía la garantía de exponer un juicio que fuera al mismo tiempo severo y equilibrado.

Pero el precio del equilibrio ha sido muy alto: de cuatro, sólo el capítulo inicial y el final —los más breves— exponen por momentos y en ciertos aspectos la visión lúcida de Medina, de tal manera que el principio casi parece un final, y el final termina cuando pensamos que la verdadera reflexión está empezando. Así pues, el “equilibrio” en la contextualización bibliográfica del ensayo y en la mención casi exhaustiva de los poemas y ensayos de Paz desequilibra la estructura del libro.

Creo que esto facilitó que su discurso fuera asimilado por las estrategias ideológicas de Paz: no, sin duda, por las opiniones políticas de éste; ni mucho menos por su rechazo de la historia (Medina expone muy bien las contradicciones del poeta en estos temas). El problema es más profundo y más interesante: Medina acepta los términos del debate que Paz impuso en su obra, de tal manera que queda preso muchas veces, si no en las contradicciones de aquél, sí en sus vaguedades, superficialidades e imprecisiones conceptuales. En un pasaje, Medina discute la “creación de paraísos instantáneos y la destreza metafórica de los poemas de Octavio Paz” y recurre a una cita de Zaid, donde éste no hace sino utilizar los juegos de palabras pacianos envolviéndolos apenas con su peculiar tono burocrático: “[Paz] nos aviva todas las facultades, nos hace poner todo lo que somos en la cuestión, nos pone totalmente en cuestión. Para Paz el lenguaje es total ejercicio de ser”. A estas frases que no son sino opacas glosas de Paz, Medina responde con: “Tiene razón Zaid” (p. 182). Inmediatamente después hace una precisión a la opinión de Zaid sobre “el ser”, diciendo que la plenitud de la que habla éste necesita “verse y asumirse en el trayecto social y circunstancial”. No sólo el comentario de Medina viene demasiado tarde, aunque sea inmediato; lo más importante es que asume la superficialidad de Zaid (y, para el caso, de Paz); y que el agregado de lo histórico se vuelve impotente ante esa retórica seudofilosófica.

Una gran virtud del libro de Medina es la ausencia de referencias teóricas a los santos patrones (generalmente franceses) de la academia; pero esta virtud parece haber sofocado otra gran virtud, más importante: una perspectiva conceptual que revelara la posición precisa del pensamiento de Paz como poeta y como ensayista en un amplio contexto cultural, filosófico y poético. Las alusiones a su herencia romántica, a sus relaciones con el simbolismo y la vanguardia son tan generales y tan apegadas a la imprecisión impuesta por Paz, que resultan por momentos contraproducentes: el romanticismo, el simbolismo y la vanguardia fueron etapas y movimientos tan complejos como aquellos en que vivió Paz y en que vivimos nosotros ahora.

Sin embargo, es en el tema fundamental de las correcciones donde se produce la paradoja más significativa del libro. En el prólogo, Medina señala que el análisis “se centra en los escritos del autor publicados entre 1931 y 1960... Estas tres décadas en la actividad literaria de Octavio Paz constituyen la etapa de formación, depuramiento

y consolidación de su poética” (p. 19). Esta decisión es clave porque Medina irá hasta 1979 en seguimiento de las correcciones que Paz hizo de *Libertad bajo palabra*, libro que cierra aquella otra etapa.

La gran ironía es que, si Medina percibe la importancia de las correcciones y las incorpora al rechazo de la historia tan patente en Octavio Paz, no percibe en cambio que esa prolongación de las correcciones hasta 1979 va paralela a la nueva poética de Paz, una poética que Medina ha excluido de su análisis. Y así, el poeta logra imponer a su crítico su propia negación de la historia: los comentarios de Medina son curiosamente ahistóricos.

Se explica que Paz continuó cambiando los poemas por su decisión (tomada en los años cuarenta y cincuenta) a favor de cierta poesía pura y de una idea de lo místico en oposición a lo histórico. Y en relación con los cambios posteriores a 1960, la única observación es que la generalidad que adquieren los poemas corregidos corresponde a un deseo de Paz —aprovechando la publicación de su poesía completa— de “afirmar su universalidad como poeta y ofrecer versiones definitivas de sus poemas”.

Es innegable esta conclusión, y también muy paciana. Justamente Paz estaba muy interesado en que fuera ésa la impresión final de sus correcciones, como lo demuestran sus confusas declaraciones en las advertencias de las distintas ediciones de *Libertad bajo palabra* y en las entrevistas. Es, en efecto, una impresión totalmente ahistórica que Medina hubiera podido superar si hubiera interrogado la obra de Paz contemporánea a las correcciones; si hubiera analizado mínimamente la evolución de la vanguardia y de la poesía pura; si hubiera agregado una observación crítica sobre la vida de Paz entre 1960 y 1979.

Como en todos los intentos honestos, las insuficiencias del libro de Medina apuntan hacia los temas más críticos que quedan por investigar y analizar. No deja de ser una última ironía que Paz hubiera señalado, en una breve frase de *Los hijos del limo* (extrañamente ausente en la mirada de Rubén Medina), una de sus intenciones más queridas en toda esa recomposición de su pasado: no sólo cambiar el rostro interno de su poesía, no sólo “universalizarse” como poeta, sino también alterar la historia de la literatura latinoamericana para introducirse él en una posición que nunca tuvo. De tal manera que a ese deseo constante de negar la historia, Paz le fue secretamente infiel con unas cuantas líneas que daban a esa misma historia, alterándola, una función decisiva para su sobrevivencia.

Es lástima que Medina, por una sumisión demasiado formal a las exigencias académicas, haya desaprovechado la oportunidad de señalar esa última ironía —insuperable— en la vida personal y poética de Paz.

JORGE AGUILAR MORA
University of Maryland